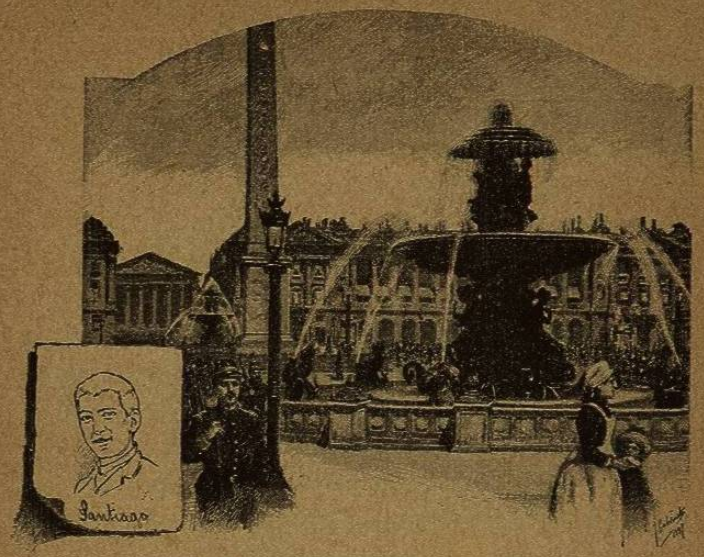

I

El batallón desfilaba lentamente á lo largo de la calle de Rivoli, precedido de la bandera roja, á la que seguía una música chillona. Poca gente había en las ventanas, y por la calle sólo algunos curiosos acá y allá, que con las manos en los bolsillos contemplaban cómo aquellos hombres iban á la matanza. Una joven florera, apoyada contra la puerta de un almacén, miraba con ojos de asombro; mientras que un comerciante renegaba de «aquella gente que entorpecía la marcha de los nego-

cios.» De vez en cuando veíase algún oficial, con el rostro enrojecido y los ojos hinchados, luciendo su uniforme y brillantes galones, y que desaparecía al punto por una calle contigua, seguido de varios pilletes que gritaban á voz en cuello. Los paseantes, muy raros, apresuraban el paso, vagamente inquietos; y en los soldados no se veía nada de eso que realza la moral de los hombres cuando van á batirse. Tristes, sombríos y mudos, iban con la cabeza baja sin osar mirarse unos á otros, como si cada cual temiera ver en los ojos de su vecino el reflejo de sus lúgubres terrores.

A lo lejos tocaban generala: era un sordo redoble, atenuado por la distancia, que tenía algo de fúnebre y lánguido; parecía un llamamiento á los condenados; y éranlo en efecto aquellos hombres á quienes se obligaba á defender una causa perdida. Por toda la ciudad parecía extenderse un velo de melancolía que flotaba sobre las frentes y las conciencias; aquella gente llevaba luto por álguien ó por alguna cosa; tal vez por una esperanza perdida.

A corta distancia de la Casa Ayuntamiento agregóse al batallón un centenar de hombres, descamisados ilusos, engañados seguramente por las falaces proclamas de la Comuna. Bastaba ver su aire conquistador, sus ojos brillantes y sus fusiles muy bien cuidados, cuyo cañón de acero relucía á los rayos del sol; creían seriamente en el patriotismo de los charlatanes de club, y en el valor de aquellos que les enviaban á batirse; mientras que ciertos jefes permanecían bien resguardados. De todo había en aquella tropa, resuelta á vencer ó á morir: hombres exaltados á quienes embriagaba la idea de un sacrificio sublime; extraviados que enloquecían aún al recordar los padecimientos físicos y morales del primer sitio; y sobre todo esa hez del populacho que las revoluciones arrojan sobre el pavimento de las calles, negra escoria semejante al cieno que sobrenada en la superficie de los grandes ríos revueltos.

Figurábanse que el ejército de Versalles estaba casi vencido; que se desvanecería de la noche á la mañana, así como esos vapores grises que el primer rayo de sol disipa. Reían y cantaban, tratando de distraer la tristeza de sus compañeros; pero muy pronto les embargaba el mismo desaliento, así como un cerro iluminado por el sol se cubre de sombra rápidamente cuando las brumas suben del valle.

El batallón se detuvo en la plaza de la Concordia, que se llenaba de soldados; iban llegando por derecha é izquierda, por el puente y el muelle, por la calle Real y la avenida Gabriel. Notábase también aquí una desdeñosa indiferencia; ni había multitud, ni los paseantes volvían la cabeza; las niñeras no retardaban el paso, ni mostraban tampoco á los pequeños curiosos la tropa de «aquellos militares», menos plácidos que los soldados bonachones.

Sin embargo, los hombres sentaban la culata en tierra, porque se pasaba lista; unos y otros desperezábanse, cual si estuvieran cansados ya de aquella primera etapa, y después cada cual respondía: «Presente», ó bien seguíase un silencio de algunos minutos.

Las ausencias no podían causar mucha sorpresa, pues al cabo de seis meses de sitio y dos de guerra civil, las bajas habían sido numerosas, á causa del hambre, de la fiebre y de las dolencias que diezmaban á los pobres. Ni siquiera se contaban ya los que faltaban; el hombre se acostumbra á todo, hasta al sufrimiento y al peligro.

De repente, el capitán de una compañía gritó: «¡Pedro Rosny!» Y como nadie contestara añadió con tono sorprendido:

—¡Cómo! ¿No está ahí Pedro Rosny?

Un guardia nacional salió de las filas.

—Pedro—dijo—se reunirá con nosotros en el Point-du-Jour, ciudadano. Esta mañana debía tener consulta para su hijo.

Invocada para otro, esta excusa habría excitado la risa, dando lugar á los equívocos é interpretaciones; pero tratábase de Rosny y nadie abrió la boca. Era hombre reconocido por su valor y había dado ya diez veces sus pruebas; de modo que nadie se hubiera permitido dudar de él; si no estaba allí, era porque no podía ir; y ninguno dudaba de la buena voluntad y del valor de Pedro. Durante una hora siguióse una serie no interrumpida de órdenes, contra-órdenes y llamadas. Algunos oficiales pasaban á escape, alejándose en dirección á la calle Real; y las cantineras iban de grupo en grupo, ofreciendo una copa de aguardiente, rara vez rehusada; pero las conversaciones escaseaban. En ninguna parte reinaba el entusiasmo de los primeros días; una inmensa fatiga, que rayaba casi en disgusto, hacía languidecer los corazones y las voluntades.

Al fin aparecieron doce baterías, procedentes de las Tullerías, que avanzaban al trote, arrastradas por vigorosos caballos, y mientras que desfilaban por los Campos Elíseos, con sus bocas de bronce vueltas hacia el país que se quería defender, prodújose un estrépito semejante al fragor del trueno. Un hombre alto y enjuto, que vestía un largo levitón negro, dió algunos pasos por la calzada, mirando fijamente los batallones alineados; llevaba un poco inclinada la cabeza, como si la doblase una responsabilidad demasiado pesada, y sus brillantes ojos iluminábanse á intervalos con un fugaz relámpago. Comprendíase que allí había una voluntad que pensaba; un ligero estremecimiento nervioso parecía alterar de vez en cuando las facciones de aquel hombre, y entonces entreabríanse sus labios delgados y pálidos, dejando ver su blanca dentadura. Este individuo era el ciudadano Delescluze, delegado de guerra: subió á un banco y levantó la mano, á cuya señal todos los batallones se pusieron en movimiento, unos después de otros, con notable orden. A fuerza de batirse, aquellos obreros convertíanse en soldados, y después, bajo la voluntad poderosa de la revolución, sentían renacer en sus almas el espíritu de las antiguas rebeliones. La artillería parecía más amenazadora en medio de aquel aparato bélico, al principio de la alegre primavera; el cielo, de un puro azul, estaba risueño; la brisa, tibia y embalsamada; y los árboles de los Campos Elíseos y de Cours-la-Reine podían creerse aún en la sombría profundidad del bosque natal.

«Cuando Mayo florece los corazones ríen,» dice la canción; pero los corazones gemian y los ojos lloraban allá abajo, en la gran ciudad; la inmensa multitud de viudas y de huérfanos vertía lágrimas de sangre.

No estaba todo acabado: la Comuna concebia la trágica idea de sepultarse debajo de las ruinas humeantes de París, é impelía furiosamente al combate á todos aquellos hombres que, creyendo morir por una idea, sólo caían para satisfacer la desenfrenada ambición de algunos. Decíase que el ejército de los rebeldes intentaba aquel día una gran salida: era la de los infelices que, engañados por quimeras, se precipitaban hacia lo imposible.

El pavimento de las calles de París parecía entreabrirse para vomitar batallones; desde la Bastilla hasta el Arco de Triunfo veíase avanzar una multitud inmensa, de aspecto sombrío, que ondulando y agitándose como una serpiente gigantesca, desarrollaba sus anillos de acero, entre los cuales brillaban los cañones de los fusiles con sus bayonetas y siniestros reflejos. Pero en la Bastilla no se formaban los batallones como en los Campos Eliseos, porque los de aquel barrio debían constituir la retaguardia. En la calle Jean Baussire, por la que se va desde el Bulevar Beaumarchais á la plaza, todo eran idas y venidas sin fin; á la puerta de una botica, situada hacia el centro de la calle, veíase una larga fila de personas impacientes y aquejadas al parecer de alguna dolencia, que hacían cola para recibir los medicamentos, como en otro tiempo para tomar el pan y la carne. El farmacéutico se apresuraba, corriendo de un lado á otro sin saber por dónde comenzar; ayudado por sus dos discípulos, preparaba precipitadamente las recetas sin el menor interés, sin compadecer á los enfermos que esperaban de él la curación. De pronto entró un guardia nacional y le dijo:

—¿Está corriente mi receta?

—Ahí la tiene usted, ciudadano Rosny.

El individuo, hombre de cuarenta años, alto, moreno, pálido y de expresión enérgica, tomó delicadamente una botellita entre sus manos callosas con el mayor cuidado, cual si temiese romperla, balbuceó las gracias con acento breve, salió de la botica, y cruzando rápidamente la calle, penetró en una casa de triste aspecto, cuya puerta no merecía el nombre de tal, pues reducíase á un tablón desunido por donde se infiltraba la humedad. La estrecha escalera conducía á unas habitaciones muy pobres, ocupadas por obreros que vivían al día. ¿Cómo era posible que ninguno de aquellos infelices conservase aún ahorros después de las pruebas de aquellos meses terribles? El ciudadano Rosny se detuvo en el quinto piso y llamó á una puerta, murmurando: «Soy yo, Francisca.» La puerta se entreabrió y cerróse al punto; mientras que la mujer contestaba igualmente en voz baja: «Cuidado; no se ha de cambiar la temperatura.» La habitación era pequeña, pero estaba muy limpia; las paredes, desnudas y relucientes, las cortinas blancas como la nieve, y el suelo brillante.

—¿Cómo está Santiago?—preguntó Pedro en el mismo tono.

—Siempre tranquilo.

Al pronunciar estas palabras, la mujer fijó su ardiente mirada en un joven de diez y seis años, que tendido en el lecho parecía dormitar. Los ojos del padre y de la madre se encontraron entonces, como atraídos por un pensamiento común, y Francisca abrazó tiernamente á su esposo.

—Vamos, no te inquietes—le dijo;—el doctor está seguro de que el peligro ha desaparecido; y ya sabes que hoy ha de venir el médico con su maestro, un gran sabio. ¡Ah! más me inquieto ahora por ti que por Santiago.

Así diciendo, extendió el brazo con la mano cerrada, como para amenazar á lejanos enemigos.

En aquel momento estaba hermosa, en todo el vigor de sus treinta y cinco años, con su abundante cabellera rubia, que comunicaba una expresión singular á su rostro pálido. Alta y bien formada, parecía haber nacido para el lujo; sus ojos, de un azul intenso, brillaban en aquel instante; la frente, alta y un poco arqueada sobre las sienes, indicaba inteligencia, y en la mirada revelábase una valerosa energía. Pedro Rosny, olvidando un momento al muchacho, contemplaba á su mujer con tierna mirada; pero Francisca fué á despertar al enfermo é hízole beber parte de la poción.

—¿Cómo estas, Santiago?—le preguntó.

—Bien, mamá; gracias.

—¿Tienes todavía sueño?

El muchacho sonrió, murmurando:

—Siempre le tengo.

Y cerró de nuevo los ojos, mientras que su madre le besaba en la frente, cubriéndole bien con la colcha. Hecho esto, Francisca fué á reunirse con su marido y condújole á un ángulo de la habitación.

—¿Piensas marchar después de la visita del doctor? —le preguntó.

—Sí, he avisado al capitán que me reuniría con el batallón en el Point-du-Jour. ¡Oh! tengo tiempo suficiente.

—¿Crees que se hará hoy la gran salida?—repuso Francisca después de vacilar un momento.

—Hoy ó mañana; pero de todos modos estaré dos días fuera; ya comprendes que es preciso acabar de una vez, y que esto no puede durar siempre. Dios sabe, sin embargo, cuándo volveré á trabajar. Terminada la guerra, no les faltará qué hacer á los albañiles y cerrajeros, pues no hay pocas ruinas y casas derribadas; mas no sé qué será de nosotros, los cajistas de imprenta. Si la Comuna vence, bueno, nada faltará, y además tendremos los treinta sueldos diarios; pero si triunfan los otros... Ya sabes lo que se dice: en Versalles quieren monarquía, y una monarquía como antes del 89, es decir, nada de Cámara, nada de libertades ni diarios; se romperán las prensas, y nadie tendrá derecho para imprimir. Si se suprimen los diarios, no se permitirán los libros tampoco; habrá censura como en otra época, y entonces no sé qué será de nosotros los cajistas. Ya ves que tengo razón para desesperarme.

Aquel hombre inteligente, casi instruído, que había

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

leido muchas obras de Juan Jacobo Rousseau, decía con la mayor seriedad estos absurdos, porque creía en las mentiras de los clubs y en las calumnias de cuatro ó cinco diarios, imaginándose, como otros muchos, que ya marchaban sobre París legiones de chuanes. La locura hacía delirar aquel cerebro, así como deliran otros menos sólidos; se le había aplaudido en las reuniones públicas, por su palabra fácil, algo declamatoria; y los aplausos le convirtieron en un sectario, un fanático. Todos sus amigos se lanzaban en el movimiento insurreccional, y él los siguió naturalmente.

—Espantoso es todo lo que me dices; pero ¿crees tú que pueda restablecerse el antiguo régimen?

—Preciso es creerlo, puesto que nos lo afirman. Te parece á ti que se batirían si no se tratara de salvar la libertad?

Francisca ocultaba la cabeza entre las manos; su rubio cabello, mal sujeto con el peine, cubría en aquel momento sus hombros, y formaba como una aureola al rededor de su frente.

—Si lo que me dices es verdad—repuso, alzando la voz y con brusco ademán—nosotros seremos los vencedores, porque no se vuelve á restablecer nunca lo que ya dejó de ser. Lo que acabó se acabó para siempre. ¿Vuelve á remontar alguna barca la corriente del Sena? No puedo creer en las locuras que se dicen. ¡Suprimir las libertades! ¿Dónde iríamos á parar los pobres? Hay momentos en que imagino que se fraguan todas esas historias á fin de excitaros al combate; pero puesto que dices que es verdad, tú, hombre honrado, debo

creerlo. Si es así nosotros venceremos, porque el derecho y el buen sentido están de nuestra parte.

—¡Noble Francisca!

—Y además—añadió la mujer—no podemos haber dado por nada nuestras lágrimas y nuestra sangre. ¡Ah! Lo que ahora temo es que vayas allá... ¿Y si no volvieras?

Impulsada por un sentimiento de cariño, Francisca se arrojó en los brazos de Pedro sellando con sus labios la boca de su esposo. ¡Le amaba tanto! Cierto día encontráronse en una plaza, hablaron por espacio de una hora y agradáronse al punto; él tenía veintidós años; ella diez y seis; y la unión se bosquejó muy pronto; él decía «señorita Francisca», y ella le llamaba «señor Pedro», y los dos se refirieron su historia con la conmovedora y sublime confianza de los buenos.

El joven era cajista en una imprenta: buen oficio, y ganaba ocho pesetas diarias, pero debía apretar el hombro, como vulgarmente se dice. El amo le apreciaba, y por lo mismo, Pedro tenía grandes esperanzas de llegar á ser algún día compaginador en la imprenta de un diario. ¡Oh! entonces sería rico, permitiéndole esto hacer ahorros. Aquella muchacha de diez y seis años se mostró muy satisfecha al oir todo esto, pues así lo que se refiere á la imprenta como al teatro interesa siempre á los seres inteligentes. ¿No sirven una y otro para ensanchar y exaltar el pensamiento humano?

A su vez Francisca habló de sí; era costurera en un taller perteneciente á la célebre señorita de Standisch;